

Antonino González Blanco y Fortuna

Fulgencio Saura Mira

Cronista oficial de la Villa de Fortuna

Resumen: Artículo sobre el investigador Antonino González Blanco y sus estudios sobre la influencia de la cultura romana en la villa de Fortuna, así como sobre sus trabajos respecto a los llamados «Tituli Picti» dedicados a las ninfas que se conservan en ese término municipal, donde se celebraban ceremonias relacionadas con el agua y su tratamiento mágico. Incluye comentarios sobre las investigaciones de González Blanco respecto a la instauración de los «Sodales» ibero-romanos, rituales y elementos amorosos en las fiestas locales en honor del patrono San Roque.

Abstract: Article about the researcher Antonino González Blanco and his surveys about the roman culture influence on the town of Fortuna, and his works about the so-called «*Tituli Picti*» devoted to the Nymphs preserved in this municipal area, where ceremonies related to the water and its magical treatment took place. It includes comments about González Blanco researches regarding the roman-iberian «*Sodales*» establishment, rituals and love elements in the local fests in honor of the patron saint Roque.

Se me requiere en calidad de cronista de la villa para dar unas pinceladas sobre la figura de nuestro Hijo Adoptivo de Fortuna, González Blanco, eximio erudito y conocedor como nadie de la cultura etnográfica de la región murciana, pluma selecta en los temas de arqueología, que destaca, sobre todo, en su inquietud por los vericuetos de los ancestros de nuestra villa a la que la diosa Fortuna la ha dignificado con sus mejores vestiduras, dejando en su geografía todo un apretado y selecto argumento de vestigios culturales de viejos habitantes que merodearon por sus esquinas, aportando con su gran sabiduría la forma de encauzar y revitalizar los rasgos que

enmarcaron, en época romana, a la villa desde la estrategia de sus más afinadas apreciaciones que han servido para la recuperación de las más señeras expresiones del habitante de esta tierra cargada de huellas, de sus mas venerables culturas, que se van descubriendo en los hallazgos de una arqueología brillante y entregada a dar respuesta a los hábitos y costumbres de nuestros mas alejados antepasados.

Por esto mismo nos apetece dar testimonio de hombres como el que sirve de referencia en este trabajo, como homenaje sencillo y humilde de este cronista que venera a Fortuna, sigue su evolución y se interesa por su pasado desde cientos de páginas escritas y de libros que condensan su evolución en los siglos XVII al XX, y que conoce el buen hacer de González Blanco, desde sus magníficos textos publicados en numerosas revistas universitarias como su asesoramiento a los integrantes en los festejos agosteos de los Sodales Íbero-Romanos que, desde sus calendas, llevan el prestigio de sus fiestas a los costados del mundo.

La verdad es que conozco a González Blanco por sus señeras investigaciones sobre la antropología, como personalmente en diversos momentos de mi vida, en las que hemos coincidido, ello desde que en una memorable ocasión, nos dimos cita en Fortuna, de ello hace años, para homenajear la figura del entonces alcalde José Luis Martínez, ilustre compañero, de gran recuerdo para el fortunero que se precie de serlo, por la inquietud que imprimió en el ámbito de la cultura de su amado pueblo. Persona afecta y que, con su inteligencia hizo posible, en aquel momento, que se dejara constancia de la necesidad de laborar con técnicos y eruditos capaces de poner en órbita ese espacio mágico que comprende la Cueva Negra, emporio de una riqueza inconmensurable, por los aportes de testimonios nínfeos que nos elevan a la presencia de toda una cultura del agua tan importante como inédita, y que por la acción de sus intérpretes se procurara acercarse a esta revelación de monumento que es la Cueva, marcando, con ello un hito en la restauración de este emporio de riqueza tan sustancial para la comprensión de este refugio de la villa, patrimonio de su más recio empuje y que hoy se delata como un evento preciso y de gran catadura en la cultura de sus festejos; lo que les imprime carácter cuando se acercan las calendas de Agosto, donde el habitante de la villa se dispone a conmemorar a sus antepasados, elevando, a la vez plegarias a su santo Patrón, San Roque.

Es en la época del singular alcalde, que coincide, de otro lado, con mi nombramiento en calidad de Cronista de la Villa, cuando acometimos numerosos trabajos literarios en torno a Fortuna que se cifraron en la publicación de cinco libros con los siguientes títulos: «Vivencias de la Villa de Fortuna», prologado por el admirado poeta Salvador Frutos, de gran valía a nivel nacional y que se os ha ido recientemente. «Aspectos mágicos de la villa de Fortuna», con prólogo del gran escritor y llorado Castillo Puche. «Las almazaras de la villa de Fortuna»; con el del escritor y periodista Belmonte Serrano. «Posadas de la villa de Fortuna», con prólogo de Diez de Revenga. «Evolución histórico Jurídica de Fortuna en los siglos XVII al XIX» (Identidad de una población), con el de Juan Torres Fontes. Todos ellos ilustrados

convenientemente, algo que suelo hacer como manera de mirar este paisaje que nos deleita cada vez con mayor intensidad, ya que Fortuna es una forma de encontrarse con un arsenal de documentos de toda índole, mantiene una amplia calidad de historia que se documenta en un tiempo remoto, que comprende ese espacio oscuro en el que se dan cita la mitología y la ciencia arqueológica que va descubriendo enfoques espléndidos de vida, desde el enfoque de la cultura Argárica que impregna el entorno del Cabezo de la Mesa, en la interesante y misteriosa pedanía de Caprés, espacio que mantiene unos aditamentos de gran soltura etnográfica dignos de estudiarse a fondo, como en realidad se han ido despejando en su ámbito toda una serie de símbolos y mitos de una cultura meramente agraria que persiste, se nota en la propia referencia de un pasado que parece detenerse en el tiempo, con su atavismo y recortes dentro de un escenario esquemático y rico en ritos y aportes geográficos; a los encuadres que integran el noble y grandilocuente espacio del Cabezo Cortado, de signo ibérico, en cuyo paisaje anida un cúmulo de versiones plásticas que nos encumbran a otrora época de signo romántico con la presencia del bandolero Jaime El Barbudo, realista y fundido entre estas sierras que desgasta a los hombres y los ensalza a ser tratados como viejas leyendas que persisten y a veces se confunden con las brumas del paisaje. O bien se gesta la cuita en el asombroso resto pétreo de su mas añejo pasado que los nuevos hallazgos anotan en el Cabecico de los Baños, recreando formas de vida relacionada con el agua que es la savia de Fortuna, que en el medievo fuera llamada Santa María de los Baños, como nos lo confirma nuestro medievalista Torres Fontes en su reciente y magistral obra publicada sobre el Señorío medieval de Fortuna.

Y es que admiramos la labor de estas miradas que otean desde la arqueología la dimensión de esta tierra nuestra de sequedad y arduo trabajo del hombre que la habita, del sodal íbero romano que en el pasado nos legara formas de vida, acurrucadas en el interior de la Cueva Negra donde las inscripciones que pululan por su entorno, nos asombran y aportan energía suficiente como para releer e interpretar su significado, uniéndolo al presente, cual nos lo ha enseñado con su buen hacer Antonino González Blanco, al que hemos observado en numerosas ocasiones centrado en la cercanía de los muros de esta Cueva ancestral y soberbia, marcada por el ritual y lo ceremonial, asumiendo los ecos de este gran legado que se conserva en las anotaciones de sus piedras, con la fragancia de algo que nos envuelve en sucintos encuentros con una verdad insoslayable que nutre de misterio y fantasía todo este conjunto que ha de servir de orgullo al habitante de la villa.

Pero es que además nuestro homenajeado e ilustre catedrático, persona a la vez sencilla y sensible, es experto en la ciencia creada por W. J. Thomas en 1846, que es la etnología, como instrumento para la interpretación de la conducta humana desde siglos inciertos, utilizando los enfoques e instrumentos de nuestros antepasados. Como se demuestra en la cantidad de textos que se expanden por revistas y libros de su autoría, de donde hemos aprendido quienes utilizamos este método

para adentrarnos en reflexiones de conductas y fervores del ser humano, tratando de enfocar, de alguna forma, los mitos que conforman la manera de ser del hombre y su visión del cosmos, toda esa faceta misteriosa que regula la emoción humana ante eventos que se gestan a su alrededor, propios de la naturaleza y que a veces le imponen como delatan su asombro ante lo que le trasciende, como si se encerrara en su colosal abismo y necesite elevar plegarias al Todopoderoso para requerir su presencia, a veces envueltas en un paganismo que nos impresiona y realza a la vez la profunda dimensión de su estado. En este sentido son importantes las aportaciones de González Blanco sobre el folclore murciano, en su más diversa densidad, recreándose en el factor romano que le interesa en su recreación como testimonio de una cultura presente en la evolución histórica del habitante de esta geografía, sin obviar el legado de las antiguas y nuevas expresiones que constatan su personalidad. La lectura de los textos de nuestro autor son gratificantes para quienes buscamos la auténtica interpretación de unos gestos y conductas humanas, que determinan y enmascaran símbolos y anhelos profundos, a los que es preciso llegar para comprender el montaje de una situación en un entorno o territorio marcado por lo mágico, como en el caso de ese paisaje de fantasmagoría que comprende la Cueva Negra de Fortuna, a cuya cuita nace una gesta festiva que nos interesa cada vez más, que se encuentra ataviada por el asesoramiento de su sabio conocimiento capaz de dejar constancia de todo un acontecer festivo que ha dignificado desde hace años el contenido agosteoño de la villa, que se ve cargada por un compendio de renovada consagración histórica que la dignifica y ennoblece. Más aún le impone un cuño que la ilustra y la entrega a rubores diversos, conectándose con un glorioso pasado que viene reconociéndose desde el año 1997, cuando el interés de inquietos hombres y mujeres de la villa, posibilitan con su esfuerzo e ilusión la transformación de los festejos agosteoños de esta población, que cada día viene afrontando sus problemas entregándose y apostando por dar fuerza a su legado que se conserva en sus refugios y su geografía.

LA POTENCIACIÓN DE LOS FESTEJOS DE LA VILLA

Es importante poner de manifiesto la intervención y asesoramiento de nuestro admirado González Blanco en el desarrollo de los festejos de Fortuna, señalando su erudita y recia postura en los planteamientos llevados a cabo para encumbrar sus eventos y de una forma singular en la evolución de los fiestas de Sodales Romanos, incrementados posteriormente por los Sodales Ibero Romanos de tan encomiable repercusión, dándole brillo y apertura a los ilusionados en aquellos momentos por el pasado, por la vida de sus compañeros con más de dos mil años de referencia, y que se vienen dando cita en los costados de la Cueva Negra, que sirve de icono preferente de sus solemnes actos estivales.

La verdad es que cuando se otea desde lejos este espacio de geografía, se nos ocurre detener la mirada en esos labios abiertos de la roca mas significativa

de Fortuna, como si se tratara de un gigante disecado por el paso del tiempo, cuarteado y adormecido sobre la loma de los viejos Baños. Se nos ocurre que en ese escabroso y quieto lugar que se integra por la cueva, quedan aposentados ancestrales fantasmas que se adaptan a sus rinconadas más ignotas. Quedan en su sopor y se crecen en cada argumento desde las sombras que habitan en su interior. Todo se encuentra deteriorado, en situación de abandono, aunque exhala un ademán de paz que conturba el alma, cuando en la ocasión inédita nos acercamos a sus aposentos, respiramos el ambiente y sentimos un aliento de energía, como si la soledad de la cueva con el soporte pétreo de la columna soberbia que rima con el agua de su fuente peculiar, nos procurara un estado distinto. Como si desde el acoplamiento de sus lustros apretados y solitarios, se suscitara un ademán de extrañas congojas que se retrotraen a efímeros instantes de felicidad clásica, cuando el hombre se gozaba del encuentro en ella, a la que llegaba como peregrino en busca de su albergue, junto a las musas que pululaban por su entorno, aplacaban sus anhelos, procurándole esa especie de ataraxía en el alma, una vez que desde su descanso se entregaba a la diosa Venus amparadora del lugar. Porque era un aposento mágico, digno del ritual relacionado con el agua y salpicado de plegarias a eros en connivencia con Dionisos. Y de esta guisa el hombre que acudía desde apartadas tierras, como se ha demostrado, a la cueva, se emboscaba en una singular fiebre de entrega y reconocimiento, como si aspirara la fragancia de los dioses. Y era el momento en que se suscitaba la necesidad de retener la verdad que se estrujaba en su entorno, como si se aspirara el néctar de las nínfas en ese afán apolíneo por degustar el soberbio sabor de la belleza, dejándose llevar por unas sensaciones de grave delectación.

Cueva magna y contaminadora de suspiros, adosada al brote del manantial que servía de veneración y ceremonial, enfoque de hartura del espíritu en busca de los saludables efectos de la estancia marcada por los duendes de las letras que circundaban sus paredes, como reteniendo en sus enfoques y encuadres la cuadratura de la mejor lírica que, elevándose a Venus, se ajusta a la necesidad de sumarse a la plegaria de las musas, en tanto que el peregrino bebe y se regolfía en su éxtasis de misterio y sabiduría.

La verdad es que al cronista le interesaría conocer en este momento la letanía y contenido de los llamados *Tituli Picti*, sentir el roce de la palabra latina cosida a la pared, como lo pudieron hacer los ilustres maestros que pusieron sus ojos en estos lienzos adorables, como Sebastián Mariné, Armin Stylow, Marcos Mayer y otros, bajo la batuta de don Antonino González Blanco, quien, según nos relata, fue en los años ochenta cuando releyó con dúctil encanto y arrobo un hermoso verso de estos textos clásicos henchidos de flujos que hablan del peregrino, de sus votos a la diosa, de las aguas que amansa el corazón de quienes se daban cita en esta sala, templo de sensaciones amorosas que conjugaban anhelos, deseos y entregas en su mas apasionante generosidad.

Pues que partiendo de este regio conducto que evoca a Asclepios, a los compañeros del Helicón, a sodales imbuidos por apetencias sensibles y poéticas, es desde donde se hace evidente la urgencia de la recuperación de las expresiones que forman parte de su misma esencia que se revive en cada acontecer, por las mismas fechas que utilizaban sus conductos. Y es desde la factura de su contenido como se alimenta esta efervescencia de contacto y presión sobre dicho monumento pétreo, que señala y apuntala detalles de bondades en la pericia del agua que se hace «santa» de una forma sempiterna, dejando formas de su utilización, como reliquia que exhuma grados de salud y encuentros constantes por quienes se acercan a ella para buscar efectos curativos.

Hay que partir del año 1997 para asumir la garra de estos emplazamientos a la Cueva por una población que se aglutina junto a sus muros, se agarra a la miel de su mensaje y aspira el verbo que signa su elocuencia. Es algo que tiene una respuesta masiva y estallante y que se dispone a atraerlo como un eco, una llamada a la mente y el corazón de los habitantes de la villa que, a partir de este resplandor, va a satisfacer su más honda necesidad de aglutinar el festejo, desplegando sus pulsiones religiosas y paganas que, de una vez por todas, quedan ahormadas y bien construidas en la batahola de la fiesta como una válvula de escape del espíritu.

La fiesta es una gratitud y un revoltijo de sensaciones humanas que dejan su gama de reencuentro con los demiurgos del lugar. Cada pueblo mantiene esa zona de entrega y comunicación con el santo patrón, con las almas muertas de sus antepasados. Es decir, se amalgaman en el tiempo festero una suma de anhelos, tan peculiares como de base, para rendir homenaje a la presión del ser humano por acogerse a sus divinidades; todo un muestrario de enfoques que justifican ese latido elemental del alma. Solo que desde este instante se va a justificar un acontecer festivo de enorme grandilocuencia, sumándose a los pliegues de anteriores tonalidades, lo que significa un enriquecimiento del evento festivo que late en torno a San Roque, en su espacio estival más acusado y considerado desde que las venerables Ordenanzas de la villa del siglo XVIII, forjan el que llamo, «carácter de sus mas briosos rasgos festivos contenido en el espacio sacral de las fiestas de la villa» argumentadas en el fervor a la Purísima, a San Roque, San Antón y San Isidro, con su estampa de labrador prudente que protege el campo. Nada hace referencia en aquellas al otro sentido de festividad pagana, aunque sí en fragmentos de la fecha del Carnaval cercana a la Cuaresma, exigiendo su tratamiento adecuado y dentro de unas normas del decoro.

No deja de ser curioso, o al menos nos lo parece, el criterio que nuestros pueblos adoptan en torno a sus tradiciones festivas, tratando de orillar formas que no cuadran con sus más exquisitas expresiones, que se remontan a la época clásica, ello con desmérito de la completitud del goce de tales eventos, acaso por la necesidad de cristianizar los contenidos que pudieran desvirtuar la creencia magnificada, ante la opacidad ostensible en otras vertientes. Pero es que la historia es el enfoque y la sustancia que hay que seguir para instalar el sentido del festejo, para lo que es útil

respetar su pasado, dar aliento a los fervores ocultos de la gente que radica en su espacio, como se mantienen los usos en diversas maneras de curar enfermedades o de asistir al santo de cada veneración. Todo ese mundo que comprende los anhelos más íntimos del pueblo por dar rienda suelta a sus fieles emociones, Sin duda que en nuestros pueblos rigen expresiones de todo carácter, son variopintas: representan anhelos y abren ámbitos. A veces se han quedado solapadas y llega un momento en el que, necesidades de otro tipo, o por la presencia de una mayor libertad, de pronto renacen y se acomodan al momento, coexistiendo con las más venerables. Caben estas reflexiones para meditar sobre los festejos que en pueblos como Alcantarilla, Zeneta, Cartagena y Fortuna han retomado su curso preciso, fundamentando su auténtica identidad. En el caso de Alcantarilla por ejemplo, la presencia de la «Quema de la Bruja», en Mayo, ha dado pie a vitalizar umbrosos resquemores aquilatados en los pasados siglos cerca de la casa del Santo Oficio, congelados por el paso del tiempo y que de pronto cobran rasgos altisonantes, desplazando otras versiones. En el capítulo del Carnaval hallamos brotes de este sentido si oteamos los tan pintorescos como el de Águilas o de Zeneta sin ir más lejos. De suyo Cartagena o incluso Murcia ha recreado, en pocos años, festivales de tanta sabiduría como los de Cartagineses y Romanos o los de Moros y Cristianos, para mejor enjundia y divertimento, a la vez que sirven de reconstrucción de su verdadera historia.

Esto es algo que siempre nos ha preocupado; la posibilidad de un encuentro entre lo pagano afincado en lo clásico y la versión cristianizada de la fiesta como eje de la vivencia popular, aunque en el fondo ese gesto no esté aclarado convenientemente. Y es que no podemos olvidar la huella romana en nuestra historia, ese impacto de cultura mitológica que invaden las viejas expresiones lúdicas con sus propias percepciones y sentimiento que preside la gama social, hasta que con el Cristianismo se van ajustando a un espacio más humanizado, variando el formato y decantando los modos y formas envueltos en una cierta salacidad y carga trágica, pues para ello habríamos que recordar el impacto que las fiestas tenían en Roma, tan aficionados sus habitantes a lo solemne y grotesco, a lo lascivo y provocador, como a la utilización, en sus engranajes festivos, de toda una maquinaria imponente, de mascarones y gigantescas figuras, a la vez que fundamentaban en sus extrañas y enigmáticas procesiones en torno al Tiber, la presencia de figuras de mujeres o lamias despanzurrando recién nacidos. O simplemente se reconocían por las vías de la ciudad de Rómulo extraños conjuntos de fantasmones pegados a sus silencios provocativos, a modo de espantajos (Manduci), e incluso se apercebían potentes máquinas por las plazas públicas provocando ruidos y llenando el ambiente de un trepidante hedor anímico. Por su parte el soldado que se integra en la farsa se cubre su cabeza con encrespados pelos, y el siervo se estremece ante el amo, en tanto que las hembras acuden semidesnudas y provocativas entregando su culto a Diana.

Horacio nos descubre todo este sentido de dedicación festiva por aquella sociedad que, una vez recogidas las cosechas se entregan a estos rituales festivos luciendo

sus máscaras en un gesto de teatral compostura, que llega incluso a la paranoia y descalabro, conjugando el ritmo con la bebida y lo que se dio en llamar la licencia «fescenina», juntando la chocarrería con el escarnio satírico de la palabra en la calidad de los versos, que podían angustiar hasta los mas desvergonzados, algo que se mantiene en algunas de nuestros festejos populares y carnalescos, aunque con menor rigor y mas delicadeza, si ello es posible.

Naturalmente nos estamos refiriendo a las fiestas atelanas con dedicación a Diana, a la que se la llama «Santísima madre...», y se la invoca por sus gracias con el labrador:

«Tu, a quien invocan las mujeres...»

«Oh, Santísima.....»

Y el mismo Tito Livio y Cástulo nos podrían embriagar con sus referencias a esta clase de autos que enlazan con lo mágico-cómico, que provocan y asimilan un estilo de desdoro pero que se mantiene en la necesidad de la comunidad romana, envolvente en esos sugeridores y báquicos momentos que emulaban a los arvaes, cuyos himnos repetitivos se engolfaban en monótonas y recalcitrantes insinuaciones que eran una conmemoración a la diosa Flora, como en las fiestas de Anna Perenna se evocaba a la diosa de la vida, en ese canto fulgurante del hombre a la naturaleza que lo envuelve.

Se podría anotar cada una de estas fiestas de calidad pagana, enjugadas en su franco rumor de vibrante estilo, incluso provocativo pero enérgico en su formato y tratamiento, significando la huella que deja en nuestras fiestas a lo largo de la piel de España, desde el pueblo más apartado, en su singladura de norte a sur, con perfiles que se mantienen, aunque amansado por el sentido humanitario de lo cristiano que traduce esas vías paganas en el orden nuevo y donde la diosa Flora, o la Madre Tierra, se sustituye por las plegarias a la Virgen María, dándole otro tratamiento, desvirtuando su impacto e implantando el nuevo y mas ético contenido, como clamor popular a los santos patronos que nos sirven de base a los festejos populares de mayor categoría. Aunque no por ello se ha de olvidar la traza que lo lúdico implica y que forma parte de la esencia humana. Pues bien, en este punto Antonino González Blanco adviera con criterio propio en el Pregón de las Fiestas de Sodales Romanos de 1997: *«Podría alguien pensar que no es fácil compaginar viejas fiestas paganas con nuestros actuales moldes culturales cristianos: pero no habrá problema. Hay que tener en cuenta que la fiesta es fundamentalmente elemento lúdico y que lo que en las fiestas hacemos es Teatro. En el teatro uno es el mito y otro el mensaje. El mito es indiferente y nos viene ofrecido por la historia local, el mensaje será siempre comunitario. Y cada año podremos actualizarlo, remodelarlo y hacerlo nuestro»*¹.

1 Pregón, en las fiestas de 1997. Fiestas de Sodales Romanos.

Ni más ni menos. con lo que con ello se sintetiza y aclara lo que venimos desarrollando y que muestra la calidad del sentido de la fiesta desde la incorporación de la crónica local que es la que no puede orillarse, la que preside la fragancia y la verdad del evento que se desarrolla y cobra vida, es capaz de evolucionar mediante la interpretación de sus hechos intocables, incluso revitalizarse con incorporación de elementos que le otorguen vida propia y renovada, sin desdorar su auténtico sentido.

Por eso mismo interesa enfocar siempre el trance festivo en esta perspectiva, porque al fin y al cabo, lo que se relata es la necesidad humana por agradecer a los dioses el beneficio que procura sus bienes, bonanza que se ajusta a la cosecha conseguida por el labrador y que en el campo de Fortuna relata un especial significado, que se une a la magia del agua ceñida a sus baños, a cuyo costado se ha venido desarrollando una serie de tradiciones que quedan en la mente de sus habitantes y que es importante investigar desde la insinuación de los moradores del entorno.

Y esto es de tal forma porque lo corroboran las tradiciones que se insertan en una serie de actos simbólicos relacionados con la Cueva Negra, como lo referente a curaciones de enfermedades, cual la de los niños herniados haciéndolos pasar por el tilo que existía en la cueva con el tronco hueco, el último día del año, como nos dice Matilla Seiquer², método que ya se empleaba en los pueblos primitivos que trataban de transferir la enfermedad a otra persona o cosa, pero para ello se buscaba un espacio sagrado como la presencia de una fuente sita en un santuario determinado, lo que es suficiente para considerar el lugar con cierta gracia o efecto benefactor. Como lo es la tradición de darle el primer baño a los recién nacidos, en el agua de la misma, para lo que las madres se acercaban en mulos desde la sierra»³, como la de acudir a la cueva las parturientas, pues ello confortaba a las embarazadas. lo que delata toda una muestra de atavismos que se instalan en la conciencia de los habitantes de la villa, quedan patentes, sobre todo, en otras tradiciones como la celebración de la mona de Pascua o la romería de la Virgen de Fátima a la hornacina ubicada en el Cabezo Cortado. Es decir se mantienen rasgos de antigüedad pagana que se traducen en fervores cristianos de envergadura, pero que nos invitan a reflexionar en su auténtico contenido como lo hace nuestro admirado Sr. González Blanco, al que le dedicamos este trabajo en justo reconocimiento a una vida entregada a su vocación de estudioso de temas clásicos, recreador de las fiestas y sobre todo por su actividad brillante desarrollada en Fortuna, en referencia a los festejos de Sodales Ibero-Romanos que brillan cada vez más merced a su asesoramiento. A través de su dedicación a este evento se ha encajado la revista literaria de Sodales, junto con la implantación del certamen literario a nivel nacional At Fontes, de la Cueva Negra que viene dando sus frutos, para lo que se ha establecido desde la Academia

2 Revistas de las Fiestas correspondiente al 2004.

3 Pregón de las Fiestas de Sodales Romanos (1999-2000).

Alfonso X El sabio de Murcia, un jurado integrado por don Juan Barceló Jiménez, don Francisco Sánchez bautista y don Diego Ruiz Marín, algo que se hace importante para la difusión de estos festejos, a la vez que crean una inquietud a todo nivel por la investigación y la narrativa en torno a las sugerencias que la mágica Cueva epigráfica aporta al que, como el clásico sodal, acude a ella para quedar inspirado y dejar llevarse por las musas y nínfas que le acompañan.

UNAS CONSIDERACIONES FINALES

Ha sido nuestra intención en estas páginas contribuir al homenaje que la Universidad le otorga a nuestro admirado y egregio González Blanco, sin otras pretensiones que destacar su figuras en el ámbito local de nuestra villa, concedor como nadie de la historia clásica y la etnografía murciana, maestro de quienes se dedican al oficio de lo etnológico, pero sobre todo persona muy vinculada a Fortuna, alma de las fiestas de agosto que amalgaman fervores religiosos con otros que se enfocan desde el amor a la historia. Nosotros en calidad de Cronista de esta hermosa y enjundiosa villa hemos seguido paso a paso esta evolución, e incluso colaborado en trabajos y carteles evocadores de este singular momento cultural que ha venido imponiéndose en esta población como algo necesario, de tal manera que constituye ya, una vez que se ha respaldado por Turismo, todo un argumento para mostrar al mundo la potencia histórica de la villa, equivalente a la de Cartagena sin ir más lejos, y a ello hacíamos referencia en el Pregón que dimos en el año 1999, y donde apuntamos la fuerza que iba a tener el festejo ante la ilusión de los integrantes de los distintos grupos que la conformaban, desde los Sodales de Apolo a los adoradores de Venus y donde pudimos ofrecer a la población nuestra amor por sus festejos y donde pudimos afirmar con contundencia:

«La villa aparece colmada por la densa plasticidad de sus encantos. Y ahí están las legiones que integran aquellos, con sus participantes: los vélites con sus penachos y su enseña, los hastários con sus lanzas o «pilum» marcando la marcialidad de la noche; los príncipes y los triarios formando ese conjunto de esforzados guerreros que formaron parte de la odisea militar de Roma, junto con la caballería, base de su progreso y dominio.»

Señalábamos finalmente.

«Que vuestro estandarte sea la dignidad y la nobleza acurrucada en estos brotes de clasicismo y religiosidad..»

Y es bueno que evoquemos estas circunstancias que han venido a intensificar el rumor de las fiestas de nuestra villa, a la vez que significar la figura de nuestro homenajeado, como el formato que adquiere el festival de Sodales ibero Romanos

que se nutre de todo un engranaje y peripecias que van situando su reconocimiento dentro de los festejos murcianos de semejante factura, lo que nos da pie para redundar en la necesidad de hallar, en todo festejo, ese dato que lo fecunda, se hace preciso que se investigue sobre el pasado histórico de la población asumiendo su calidad y auténtica vocación, sin desdorar o enmendarle la plana a la verdad que se ata a la misma piel de Fortuna.

Porque esa noche mágica de Agosto cuando los vecinos se acurrucan y abrigan alrededor de la Cueva Negra, entonces se hace el milagro en ese reducto por el que rondan los duendes de su pasado, se desvela el misterio que ha quedado alestargado en los siglos pretéritos para enlazar su sentido y su mensaje en este momento, en este siglo XXI que da inicio a una serie de acontecimientos inéditos pero que han de apurar y consagrar el verdadero encaje de este hermoso gesto y expresión de los vecinos de esta zona geográfica que sostiene en si un hálito de valores clásicos que se adornan con los de enfoque religioso. Se dan cita en estas calendas estivales los demiurgos del lugar amparados por la diosa Fortuna como una madre que requiere y suscita anhelos de unión entre sus hijos, a los que desde su mansión etérea los evoca y les entrega sus cuidados y mimos, como San Roque, el patrón de sus fervores alimenta la deseos de sus feligreses que día tras día elevan a El sus plegarias para que la tierra y todo les sea próspero y abundante, evitando la epidemia de la enfermedad que destruye y corrompe.

Este es el mensaje que hay que considerar, deletrear en su significado positivo y que no es mas que la forma de amalgamar el destello de la fiesta clásica y lozana, fundido en una alegría y vertiente historicista, con la creencia que el Cristianismo aporta desde la humanización de su aptitud, dando valor a la advocación a San Roque que tutela a sus hijos de Fortuna, dejando su latido a partir del siglo XVI, junto con otros fervores que se asientan en esta envoltura cristiana y fundamental, lo que se traduce en actos religiosos de gran relieve, novenarios, rezos y romerías que forman parte de esa necesidad de agradecimiento del hombre hacia sus santos patronos.

Realmente los cimientos de estos festejos se han puesto, han sido marcados por don Antonino González Blanco cuyo nombre es querido en estas latitudes de una forma especial, quien junto con un equipo de gran valía, arqueólogos y estudiosos en la materia, vienen descubriendo y analizando espacios de gran valor para comprender la vida de nuestros antepasados cerca de la Cueva que nos sirve de cita en una mañana gris pero bella, y mientras paseamos por sus costados y tomamos unos apuntes visionarios de la misma, algo que para un pintor es una manera de conectar con el eco que este formidable paisaje posee; retenemos las palabras de quien fueraregonero de las fiestas en el citado año 1997, que entendemos son importantes para el desarrollo de la fiesta.

«Hemos indicado el camino: abrir la receptividad al contenido y sugerencias de los textos y para ello invitar a los actuales concursantes a asomarse a nuestras fiestas. Sólo insertándose en ellas, tanto en abril como en agosto, se estará a disposición

de entender ese otro contexto humano que están recreando las actuales cofradías de los poetas (sodales) que homenajean a las Ninfas: y de poder captar el sentido más íntimo de los textos, que en puridad surgieron de cofradías similares.»

Estas bellas palabras de González Blanco vienen a unificar el sentido que hemos considerado de nuestras fiestas, como dan carácter y dejan un trasfondo de sabiduría en la forma de integrarse en la misma desde la simbología de lo que fue. de lo que debe ser este bello y dioramático festival que fluye como un río de gente por las plazas de Fortuna en agosto, dejando en el alma un clamor de crónica que nos ayuda a comprender a Tito Livio, a Marcial y a Horacio. Y creo que es suficiente para alimentar la imaginación interpretando desde este momento los hábitos de los poetas que se encargaban de peregrinar a esta Cueva santa, delicia de las Ninfas y surtida de toda clase de vanidades y ritos capaces de llenar a sus moradores de sabrosos contenidos espirituales.

Fortuna posee algo que la ennoblece y distingue entre las demás poblaciones. Es la Cueva Negra, que como labios petrificados se deja querer en su silencio de siglos. Tan sólo la mirada del poeta e investigador es capaz de llevar luz a donde tan sólo existía la soledad y la penumbra. Gracias a quienes habéis hecho posible que de nuevo Virgilio esté entre nosotros.